

AMÉLIE NOTHOMB

*Riquete
el del Copete*



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Riquete el del Copete
Créditos
Notas

Encinta por primera vez a los cuarenta y ocho años, Énide esperaba el parto como otros esperan en la ruleta rusa. Sin embargo, se alegraba de aquel embarazo que llevaba tanto tiempo deseando. Cuando quiso darse cuenta, ya estaba en el sexto mes.

–¡Pero, señora, si ya no le venía la regla! –le dijo el médico.

–A mi edad, me parecía normal.

–¿Y las náuseas y el cansancio?

–Nunca he tenido buena salud.

Al médico no le quedó más remedio que admitir que el tamaño de su barriga, apenas redonda, tampoco era muy significativo. Énide pertenecía a esa generación de mujeres tan pequeñas y gráciles que nunca acaban de parecer mujeres y pasan brutalmente del estado de adolescentes al de jovencitas viejas.

Aquella mañana, en el hospital, a Énide le temblaban las rodillas. Sentía que se avecinaba una catástrofe y que no podía hacer nada para evitarla. Su marido la cogía de la mano.

–No voy a conseguirlo –dijo ella.

–Todo irá bien –la animó él.

Pero no se lo creía en absoluto. Durante su embarazo, Énide no había engordado ni un gramo. Le aseguraron que el bebé vivía en su vientre. Pero había que ponerle mucha imaginación para creerlo.

El médico anunció que practicaría una cesárea. Era la única posibilidad. A los esposos les tranquilizó saberlo.

Ya sabían que era un niño. Énide lo consideró un regalo de los dioses y quiso llamarlo Déodat.

–¿Y por qué no Théodore? Significa lo mismo –dijo su marido.

–Los mejores hombres del mundo llevan un nombre acabado en «at» –respondió ella.

A Honorat no le quedó más remedio que sonreír.

Cuando los padres vieron al bebé por primera vez, cambiaron brutalmente de universo. Parecía un anciano recién nacido: con arrugas por todas partes, los ojos apenas abiertos, la boca hacia adentro; era repulsivo.

Petrificada, a Énide le costó recuperar algo de voz para preguntarle al médico si su hijo era normal:

–Está perfectamente, señora.

–¿Y por qué tiene tantas arrugas?

–Está un poco deshidratado. Eso se arregla enseguida.

–¡Pero es tan pequeñito, y tan delgado!

–Se parece a su madre, señora.

–Venga, doctor, pero si es horrible.

–Sabe usted, nadie se atreve a decirlo pero los bebés casi siempre son feos. Le aseguro que este me causa una buena impresión.

Una vez solos con su hijo, Honorat y Énide se resignaron a quererlo.

–¿Y si lo llamáramos Riquete el del Copete? –sugirió ella.

–No. Deódat es perfecto –dijo el padre primerizo sonriendo animoso.

Por fortuna, tenían poca familia y pocos amigos. No obstante, tuvieron que soportar visitas en las que la buena educación no logró disimular la consternación. Énide se fijaba en el rostro de quienes veían a su pequeño por primera vez: y lo pasaba fatal al constatar cómo se estremecían de repulsión. Tras un martirizante silencio, los visitantes se aventuraban a proferir comentarios de torpeza variable: «Es el vivo retrato de su bisabuelo en el lecho de muerte.» O: «¡Menudo cabezón! En fin, para un niño no es tan grave.»

Pero la que llegó más lejos fue la malvada tía Épziba:

–Pobre Énide, ¿te estás recuperando bien?

–Sí. La cesárea fue muy bien.

–No, me refiero a si te estás recuperando de haber tenido un hijo tan feo.

Destrozados, los padres regresaron a su casa y se enclaustraron allí.

–Querido –le dijo la madre a Honorat–, júrame que no recibiremos más visitas.

–Te lo juro, mi amor.

–Espero que Déodat no haya notado nada de la amargura y la maledicencia de toda esta gente. Es tan bueno... Ha intentado mamar y al ver que no lo conseguía me ha sonreído, como si quisiera decirme que no importaba.

«Está perdiendo el juicio», pensó el padre. Énide siempre había sido de una fragilidad extrema, tanto física como psicológica. Con quince años la habían expulsado de la escuela de ballet de la Ópera de París por un motivo hasta entonces insólito en la historia de la institución: exceso de delgadez. «No sabíamos que fuera posible», sentenció la examinadora.

Al medir un metro cincuenta, la joven no podía soñar con convertirse en modelo. Había logrado sacarse el bachillerato por los pelos. La principal razón por la que los profesores le habían concedido el título era porque apostaban por su carrera como bailarina principal.

Énide no se atrevió a anunciarle a su familia que había fracasado y cada mañana iba a las escaleras de la Ópera y se quedaba sentada allí, postrada hasta el anochecer. Fue allí donde Honorat, por aquel entonces aprendiz de cocina de la escuela de danza, se fijó en ella. Aquel chico de diecisiete años, de cuerpo y mente esféricos, se enamoró con locura de aquella criatura indefensa.

–Podrías encontrar algo mejor que una candidata al suicidio –le había dicho ella.

–Cásate conmigo.

–No doy la talla.

–Entre los dos la damos.

Como tampoco tenía ningún otro destino que cumplir, la

chica acabó aceptándolo. Por lo que respecta a la boda, el Código Napoleónico seguía vigente entonces: la edad mínima era de quince años para las chicas y de dieciocho años para los chicos. Tuvieron que esperar un año y los dos adolescentes se casaron en la iglesia de Saint-Augustin.

Fueron muy felices. Énide fue la primera sorprendida al comprobar que no tardaba en enamorarse con locura del chico esférico. Su bondad y su paciencia a toda prueba la impresionaron. Ascendió rápidamente en el escalafón y se convirtió en jefe de cocina de la escuela de ballet. Las alumnas más jóvenes no dejaban de instarle a que utilizara menos mantequilla y nata en sus platos, por más que Honorat les jurase que hacía mucho tiempo que había dejado de comprar esos ingredientes.

–Y entonces, ¿por qué la comida está tan rica? –se sublevaron las jóvenes bailarinas.

–Porque la preparo con amor.

–¿El amor engorda? ¡Usted es muy esférico!

–Es mi naturaleza. Pero fijaos en mi esposa y comprobáis como el amor adelgaza.

El argumento era falaz, ya que Énide siempre había sido la delgadez personificada. Pero sirvió para tranquilizar a las alumnas, que aceptaron al cocinero por abrumadora mayoría.

Se esfumaron más de treinta años en un ambiente de felicidad tan absoluta que los enamorados apenas se dieron cuenta de que pasaban. A la esposa solía entristecerle no haber tenido hijos. Honorat la consolaba diciéndole: «Nosotros somos nuestros hijos.»

En efecto, vivían como críos; desde que salía de la cocina, él se apresuraba a reunirse con su mujer. Juntos jugaban a las cartas o al parchís. Cuando la feria se instalaba en el Jardín de las Tullerías, pasaban horas y horas allí. La caseta de tiro era su preferida, por más que ambos fueran los tiradores más ineptos del mundo. Cuando se sentían ma-

reados de haber dado demasiadas vueltas en la noria y haberse hartado de algodón de azúcar, regresaban a la Ópera dando un paseo cogidos de la mano.

Énide no tenía muy buena salud, pero tampoco hubiera sabido qué hacer con ella. Sus enfermedades, de una elegante inocuidad, eran celebradas como las de los niños. Honorat le llevaba a la cama una bandeja con tostadas con mermelada de arándanos y té ligero. Luego recogía la bandeja y se acostaba a su lado estrechándola contra sí. Su cuerpo mullido absorbía los sudores de la enferma o los miasmas de la tosedora. Desde la ventana de su habitación bajo las buhardillas de la Ópera, contemplaban un París que, solo para sus ojos, no había cambiado desde Cocteau. No todos tienen la suerte de poder ser *enfants terribles*.

El nacimiento de Déodat significó un brutal aterrizaje. Haciendo de la necesidad virtud, se convirtieron en esa clase de adultos a los que llamamos padres. Haber sido niños durante mucho más tiempo que la media jugaba en su contra: conservaron la costumbre de levantarse cada mañana pensando en pasarlo bien antes que nada. Siempre era Honorat el que se acordaba en voz alta: «¡El niño!»

Consciente de ser motivo de decepción, el bebé procuró ser discreto desde el principio. Nunca se le oía llorar. Incluso cuando estaba hambriento, esperaba pacientemente el biberón y lo succionaba con el goloso éxtasis de un místico. Como a Énide le resultaba difícil disimular el espanto que le inspiraba su rostro, enseguida aprendió a sonreír.

Ella se lo agradeció y lo quiso más por ello. Su amor fue tanto más intenso por cuanto temía no sentirlo: se dio cuenta de que a Déodat no le había pasado por alto la repugnancia que ella sentía, y que la había ayudado a superarla.

–Nuestro hijo es inteligente –declaró ella.

Tenía razón: la criatura poseía esa forma superior de inteligencia que deberíamos denominar «sentido del otro». La

inteligencia clásica rara vez incluye esta virtud, comparable a la facilidad para los idiomas: los que la tienen saben que cada persona constituye un lenguaje específico y que es posible aprenderlo a condición de asimilarlo con la más extrema meticulosidad del corazón y de los sentidos. Esa es también la razón por la cual proviene de la inteligencia: se trata de comprender y conocer. Los inteligentes que no desarrollen este acceso al prójimo se convertirán, en el sentido etimológico del término, en idiotas: seres centrados en sí mismos. La época actual rebosa de idiotas inteligentes y la sociedad consigue que echemos de menos a los entrañables imbéciles de antaño.

Toda inteligencia es también capacidad de adaptación. Déodat supo adaptarse a un entorno poco inclinado a la bondad hacia los horrores de la naturaleza. Que nadie se confunda: Énide y Honorat eran buenas personas. Pero lo cierto es que nadie está dispuesto a aceptar la fealdad, y más aún si afecta a su descendencia. ¿Cómo soportar que un momento de amor tenga como consecuencia el siempre renovado impacto de lo monstruoso? ¿Cómo tolerar que una unión tan exitosa acabe desembocando en una jeta tan grotesca? Semejante absurdidad solo puede asumirse como un accidente.

Incluso antes de haber alcanzado el famoso estadio del espejo, el bebé ya fue consciente de ser muy feo. Lo leyó en la sensible mirada de su madre, e incluso en la plácida mirada de su padre. Y lo supo todavía más por cuanto su fealdad no procedía de sus padres: no la había heredado ni de su hermosa madre, ni de su padre de rosadas facciones, paradoja insoportable expresada por Énide en los siguientes términos: «Querido, tienes más cara de niño tú a tus cincuenta años que nuestro pobre pequeño.» A los labios de Énide solía asomar la expresión «pobre pequeño».

Todos los bebés están solos, y él lo estaría aún más que los otros, abandonado a su suerte en aquella cuna que

constituía todo su universo. Le gustaba la soledad: sin más compañía que su propia presencia ya no tenía que lidiar con la conmiseración y podía entregarse de lleno a la embriaguez de explorar su mente. Allí descubría paisajes tan extensos y hermosos que muy pronto aprendió el noble impulso de la admiración. Podía moverse por él a voluntad, cambiar los puntos de vista y escuchar el sonido que en ocasiones surgía del infinito.

Se trataba de un viento que soplaba con tanto ímpetu que por fuerza tenía que venir de muy lejos. Su violencia le hacía desmayarse de placer, contenía retazos de un lenguaje desconocido que Déodat comprendía en virtud de su don para escuchar, y que decía: «Soy yo. El que vive soy yo. Recuerda.» Era un sonido profundo que recordaba al de una bañera vaciándose y provocaba en él una sensación de miedo que era pura delicia. Una delicia cubierta por un velo tan negro que eliminaba cualquier resquicio de luz. Y entonces el juego consistía en dejarse invadir por la inmensidad de la nada. Salir victorioso de semejante prueba le llenaba de orgullo y satisfacción.

Y entonces las cosas reaparecían paulatinamente: Déodat veía cómo emergían de la nada las primeras parcelas de existencia, un protozoo con el que jugaba y que se unía a un circuito de colores, disfrutando de cada color en su fase primitiva, de la suavidad del azul, la riqueza del rojo, la malicia del verde, la potencia del amarillo, y, al tocarlos, sentía un exquisito escalofrío.

Constataba que casi siempre se trataba de visiones y sospechaba que existían otros medios de exploración. Pero examinaba lo que tenía a su alcance y, a su manera, se daba cuenta de que había sido generosamente proveído. Aprendió a probar el sabor ligeramente salado de sus dedos y de su almohada, que su saliva convertía en algo dulce como la leche. Y, cuando deseaba contrastes mayores, se adentraba en su pañal y producía una espesa y tibia materia de un olor muy fuerte: se sentía ferozmente orgulloso.

Las puertas se abrían y accedía a un reino del que era el único dueño.

Allí reinaba el amor, que nunca se disfrutaba tanto como estando solo. Aquel desencadenamiento no iba dirigido a nadie en particular: ese amor sin objeto no implicaba preocupación alguna y le permitía entregarse a la voluptuosidad más colosal que uno pueda imaginar. Bastaba con precipitarse dentro de aquel filtro para, en el acto, verse transportado hacia un lugar en el que no existían ni el tiempo ni el espacio, solo la infinidad del placer.

Siempre llegaba un momento en el que aparecía un rostro: alguien se preocupaba por él y tenía que regresar a la realidad. Déodat había observado que la sonrisa constituía una buena respuesta a la inexorable demanda paternal y no se privaba de practicarla.

Cuando el bebé estaba solo, nunca sonreía. No necesitaba llamar la atención de sí mismo respecto a su propia satisfacción. La sonrisa tenía que ver con el lenguaje, o, para ser más exactos, con la forma de lenguaje dirigida a terceros. Porque también existía un lenguaje interior, ajeno a la información, que solo servía para aumentar el éxtasis.

Hay que reconocer que en presencia de sus padres este propósito perdía calidad. Tenía que ponerse a su nivel, o, peor aún, al nivel que ellos le atribuían. Nos movíamos en la fantasía infantil. Pero Déodat quería a su padre y a su madre y aceptaba sus reglas.

Énide se apoderaba de su cuerpo y lo acurrucaba en su seno. Él escuchaba las palabras de amor que surgían del pecho materno. Le cambiaba el pañal y lo felicitaba por su contenido. Eso le ratificaba en la idea de haber culminado una obra admirable. Le limpiaba el culo y él se retorció de placer. Le aplicaba ungüentos de un frescor delicioso y le ponía un nuevo pañal. Derritiéndose por tanto placer, el pequeño permanecía con la boca entreabierta.

–Debe de tener hambre –observaba Honorat–. Voy a prepararle el biberón.

Déodat era consciente de que su físico suponía un problema para sus padres y se había negado a contraer las intolerancias alimentarias que pueden permitirse los niños guapos. Se tomaba su biberón de leche de vaca sin rechistar. «Como un buen chico», le decían.

Luego lo dejaban en su parque. A él le gustaba ese lugar por una razón muy simple: no tenía que compartirlo. Aunque quería profundamente a su padre y a su madre, también había observado que prefería quererlos a cierta distancia: su sentimiento salía ganando. Cuando Énide lo tomaba entre sus brazos, el exceso de placer estropeaba parte de su amor. A salvo en su parque, analizaba su exaltación reviviéndola a través del recuerdo y sentía desplegarse en su interior la embriaguez de la efusividad. La revivía tanto más por cuanto podía observar a la dama de sus pensamientos sin que le mirara: ella iba de aquí para allá, pasaba la aspiradora, leía. Pero él nunca la quería tanto como cuando le ofrecía su presencia sin la angustia de su atención.

Déodat también quería a Honorat, aunque con un amor distinto, que procedía más de la cabeza que del resto del cuerpo. En brazos de su padre experimentaba una agradable transacción de afecto y de estima. Apreciaba que con él no se produjeran grandes efusividades: habría resultado incómodo. Sentía que aquel hombre era ajeno a la ansiedad materna y le agradecía tanto su solidez como su equilibrio.

Un día se produjo un acontecimiento: el bebé descubrió que existían otras personas en el universo. Énide había abierto la puerta y había aparecido un ser del mismo sexo que su padre, pero de complexión más imponente y voz más grave. Su madre no pareció sorprenderse con aquella aparición.

–Deje la compra en la cocina –dijo ella.

El individuo traía un número considerable de botellas de agua. Y se marchó de inmediato.

Déodat se quedó pensando. Si semejante irrupción no

había logrado llamar la atención de su madre, significaba que la presencia de aquella persona no le resultaba extraordinaria en absoluto. Se esforzó en retrotraerse hasta un lejano lugar de su cerebro; por más inaccesibles que fueran aquellas tinieblas, percibió algunas sombras que confirmaron la siguiente atrocidad: su padre, su madre y él no estaban solos en el mundo. Cuando Robinson se dio de bruces con Viernes la sorpresa debió de ser parecida.

Más tarde oyó una conversación entre Honorat y Énide:

—Son terribles. Por más que les jure solemnemente que no añado ni una pizca de materia grasa a sus platos, ellas desconfían hasta el punto de apenas probar bocado.

—¿Quieres que vuelva a hacer acto de presencia para tranquilizarlas?

—Quizá tengas que hacerlo. Pero estoy más que harto de esta era de sospechas de esas niñas anoréxicas.

Fue así como la criatura obtuvo la confirmación de que el universo también lo habitaban otros individuos del mismo sexo que su madre. Sintió que aquel diálogo implicaba toda una serie de informaciones anexas, pero decidió posponer su comprensión.

El lenguaje que utilizaban sus padres no le planteaba demasiados problemas. Cuando emergía un conjunto de sonidos desconocidos, su significado no tardaba en revelarse. Y sucedió que la dama de sus pensamientos se dirigió a él señalándolo con el dedo y pronunciando de un modo anormalmente claro:

—Mamá. Ma-má. Mamá.

Él pensó que llevaba mucho tiempo sabiendo su nombre. ¿Acaso podía dudarle? ¿Acaso pensaba que era idiota?

Lo levantó hasta la altura de su cabeza y le repitió:

—Mamá. Ma-má.

Tenía aquella boca a la altura de los ojos y asistía al espectáculo de los labios articulando las sílabas. Resultaba aterrador y absurdo. ¿Por qué lo hacía?

Sin embargo, sin siquiera ser consciente de ello, el mimetismo propio de su edad le impulsó a imitar sus muecas y, para su consternación, oyó cómo salía de su boca un «mamamá» ajeno a su voluntad.

–¡Sí, mi bebé! ¡Sí, mi bebé! –exclamó Énide al límite de la alegría–. ¡Bravo!

Le cubrió las mejillas de besos voraces. Parecía aún más entusiasmada que cuando descubría la más hermosa de sus cacas. Déodat consideraba incongruente aquella escala de valores.

De regreso en su parque, analizó los hechos con inquietud. Su madre deseaba que hablara. ¿Por qué? ¿Qué tenía que decir? ¿Qué quería que dijera?

La demanda había sido clara. Ella había intentado que pronunciara su nombre. Así pues, pronunciar el nombre de alguien con el que tenías algo que ver debía de constituir un ritual importante. Déodat ya había observado conductas parecidas en la vida de los mayores. Tenía que acordarse de llamar «papá» a papá para no herir sus sentimientos.

Puede que a su mamá también le hubiera gustado comprobar si su aparato fonatorio funcionaba. Algo de eso debió de suceder. Todas las personas que había visto hacían ruidos con la boca, pero él nunca había producido ninguno. Recordaba haber escuchado cómo a Énide le asombraba su silencio y cómo añadía que nunca lloraba. A veces ella sí lloraba. Entonces él se la quedaba mirando con una intensidad extrema y ella le decía: «¡Es el mundo al revés! ¡Es el bebé el que quiere consolar a su madre! ¡Eres tú quien debería llorar!» ¿Por qué tendría que llorar?

Llorar parecía guardar relación con el dolor. Hasta donde podía comprender, su madre lloraba cuando sufría. Él no llegaba a discernir si se trataba de un síntoma o de un lenguaje en sí mismo. Aun así no experimentaba dolor, e incluso dudaba de su capacidad para llorar: aunque lo había intentado cuando estaba solo, ninguna lágrima asomaba a sus ojos.

Honorat acababa de llegar a casa. El niño se acordó de la misión que se había encomendado y exclamó: «Papapa.» Como si lo hubiera alcanzado un rayo, el padre se quedó paralizado y acabó diciéndole:

–¡Estás hablando!

–Sí, a mí me ha llamado mamá –intervino Énide para subrayar que ella tenía prioridad.

Tomó a su hijo en brazos y lo cubrió de besos:

–¡Bravo, querido! Ahora por fin sabremos lo que pasa dentro de tu cabecita.

Ah. Así que era eso. Querían que hablara para saber qué ocurría dentro de su cabeza. ¿Para eso servía hablar? No. Cuando las personas hablaban, decían: «¿Dónde dejo esto, señora?», o: «Esta noche cenaremos pasta.» Pero de él esperaban ese particular uso del lenguaje. Sin duda en el interior de su cabeza sucedían acontecimientos especiales, pensamientos prodigiosos que él producía cuando estaba solo. Quizá fuera por eso por lo que le dejaban tan a menudo en esa soledad tan deseada: eran conscientes de que la necesitaba para dedicarse a la profundidad.

El niño llegó a la conclusión de que los demás conocían su diferencia: él era el elegido cuya cabeza albergaba una actualidad indispensable. Dentro de la cabeza de las demás personas no existían esos fulgores e inmensidades. Y extrañamente estaban avisados. ¿Cómo? Habría que aclararlo. No había que descartar que los mayores tuvieran poderes de los que él –¿todavía?– no había sido dotado.

Por otra parte había observado que era mucho más pequeño que las demás personas a las que veía. Eso le intrigaba. ¿Se trataba de una discapacidad? Decidió que no. Eso propiciaba que sus padres le cogieran en brazos, y a él le gustaba que le levantaran, sentirse acurrucado en su regazo. Su pequeñez le daba acceso a ciertos privilegios: si quería un objeto fuera de su alcance, solo tenía que extender las manos y emitir un sonido y se lo traían. La adquisición del lenguaje perturbó ligeramente ese procedimiento:

en adelante deseaban que dijera el nombre de la cosa en cuestión. A Déodat esa manía le parecía bastante estúpida, pero cuando obedecía y pronunciaba «panda» o «cuchara», el entusiasmo suscitado le solazaba.

–Habla bien, ¿verdad? –decía Énide.

–Pronto pronunciará frases enteras.

El bebé se preguntó en qué medida una frase representaba un progreso. Era un lío que lo complicaba todo sin motivo. Sin embargo, le convenía seguirles la corriente, así que pronunciaría una frase entera, más aún teniendo en cuenta que se sentía ofendido por que dudaran de su capacidad para hacerlo. Reflexionó respecto a qué enunciado elegir y optó por la amabilidad:

–Mamá, este vestido te queda bien.

Enseguida se dio cuenta de que había ido demasiado lejos: su madre dejó caer el vaso, que se rompió en mil pedazos contra el suelo, e, indiferente al drama, corrió a coger el teléfono y se puso a repetir frenéticamente al auricular:

–¡Ha dicho: «Mamá, este vestido te queda bien!»! ¡Te lo juro! ¡Con trece meses! ¡«Mamá, este vestido te queda bien!»! ¡Es un superdotado! ¡Un niño prodigio! ¡Un genio!

Tardó una hora en acordarse de recoger los cristales rotos cuando en una situación parecida por lo general habría ido a buscar el aspirador de inmediato. Luego lo cogió en brazos y le preguntó:

–¿Quién eres tú, ricura?

–Déodat –respondió él.

–¿Sabes tu nombre?

Pues claro. No era ningún retrasado.

Fue entonces cuando Énide cometió un acto inédito: llevó al niño ante una vasta y resplandeciente superficie en la que se la veía a ella abrazando un juguete de rostro grotesco. Al darse cuenta de su perplejidad, ella sujetó la mano del bebé y la movió. Gracias a aquella simultaneidad, Déodat comprendió la identidad del juguete. Se sintió oprimido: así que eso era él. Tomó conciencia de su fealdad sin